

## Prólogo a *Piedras de colores*

ADALBERT STIFTER

*Adalbert Stifter escribió este prólogo (Vorrede) para responder a las críticas de Friedrich Hebbel, dramaturgo alemán de notable éxito a mediados del siglo XIX, que había subrayado la trivialidad de sus escritos. La virulencia de las críticas fue contestada por Stifter con la serena y edificante reflexión que anida en estas breves páginas. La edición canónica de las obras de Stifter es *Gesammelte Werke in zehn Bänden*, hrsg. von K. Steffen, Birkhauser Verlag, Basel & Stuttgart, Band 4, *Bunte Steine* (1963).*

**E**n una ocasión se me hizo notar que sólo me ocupo de lo pequeño y que mis personajes son siempre gente corriente. Si esto es cierto, debo decir que puedo ofrecer algo todavía más pequeño e insignificante a los lectores, a saber, toda clase de entretenimientos para corazones jóvenes. No debería predicarse en ellos la virtud y la moralidad, como es costumbre, sino que deberían tener efecto tan sólo por lo que son. Si algo noble y característico hay en mí, eso estará por sí mismo en mis textos; si, por el contrario, no se encuentran en mi alma esas facultades, trataré en vano de representar lo alto y la belleza, y brillará por doquier lo bajo y lo innoble. Nunca he pensado en mis escritos con el objetivo de dar forma a lo grande o a lo pequeño, sino que me he dejado llevar por leyes completamente diferentes. El arte es para mí algo tan alto y elevado, es para mí, como ya he dicho en otro lugar, lo más alto después de la religión que hay sobre la tierra, que jamás he tenido mis textos por textos poéticos, ni aspiraría jamás a juzgarlos así. Lo cierto es que hay muy pocos poetas en el mundo; ellos son los sumos sacerdotes, los benefactores del género humano; sin embargo, hay entre ellos demasiados falsos profetas. Aunque no todas las expresiones pueden ser poesía, pueden ser aún algo más, algo a lo que no desasiste por completo el derecho de existir. Proporcionar una hora alegre a amigos agradables, enviar un saludo a todos esos amigos, conocidos y desconocidos, y contribuir con un grano de bien al edificio del Eterno. Ésa era la intención de mis textos, y ése seguirá siendo mi empeño. Sería muy feliz con la sola certeza de haber alcanzado este propósito. Ya que hablamos de lo grande y de lo

pequeño, mostraré al respecto en adelante mis puntos de vista, que probablemente divergen de los de muchas otras personas. El flujo del aire, el ondular del agua, el crecimiento del grano, las olas del mar, el verdor de la tierra, el brillo del cielo, el centelleo de las estrellas, todo ello lo considero yo grande; la tormenta que crece espléndida, el rayo que hiende casas, la tempestad que conduce el oleaje, la montaña que vomita fuego, el terremoto que entierra países enteros, todo ello lo considero yo menor que los fenómenos previos, pues no son sino efectos de leyes mucho mayores. Aunque estos fenómenos aparecen en sitios aislados, son resultado de causas unilaterales. La fuerza que hierve la leche en el puchero de una pobre mujer es la misma que alza la lava en un volcán y la lleva a fluir laderas abajo. Esos fenómenos sólo son más evidentes y captan la mirada del ignorante y del despistado, mientras que los procesos mentales del verdadero observador tienden principalmente al todo y a lo general y pueden reconocer la magnificencia únicamente en ellos, ya que ellos solos sostienen el mundo. Los detalles desaparecen y en poco tiempo sus efectos apenas pueden reconocerse. Permítasenos aclarar lo dicho con un ejemplo. Si durante años un hombre observara una aguja magnética, cuyo final siempre señalara hacia el norte, día tras día, en momentos fijos, y escribiera en un libro los cambios —esto es, cómo la aguja señala el norte ahora más claramente, ahora menos—, es probable que una persona ignorante considerara esa actividad algo insignificante y frívolo; pero cuán respetable se vuelve esta pequeña acción y cuán admirable se antoja esa frivolidad si advertimos que, en realidad, esas observaciones se realizan en todo el mundo y que de su compilación

resulta evidente que muchos pequeños cambios de la aguja magnetizada ocurren a menudo al mismo tiempo y en el mismo grado en todos los puntos de la tierra, y que de ello se desprende además que la superficie entera de la tierra siente un temblor magnético al unísono. Si nosotros tuviéramos un órgano sensorial para la electricidad y el magnetismo que emana de ella, así como tenemos ojos para la luz, qué gran mundo, qué abundancia de fenómenos inmensos se abriría ante nosotros. Si bien no tenemos ese ojo físico, tenemos el ojo mental de la ciencia, que nos enseña que la electricidad y la fuerza magnética actúan sobre un enorme escenario, que se extiende sobre la tierra entera y por todo el cielo, y que fluye alrededor de todo y se manifiesta en la transmutación apacible e incesante, creando formas y generando la vida. La luz es sólo un pequeño rasgo de esa fuerza, que por sí misma es ya algo grande en la naturaleza. Pero como la ciencia sólo asegura el grano sobre el grano, sólo hace la observación sobre la observación, sólo llega a lo general desde lo particular y como, después de todo, la cantidad de fenómenos y el campo dado es infinitamente grande, y Dios por lo tanto ha hecho la alegría y la dicha de investigación inagotables, por eso también nosotros, en nuestros estudios, sólo podemos representar lo particular, nunca lo general, porque eso sería toda la Creación: de modo que la historia de lo que es grande en la naturaleza consiste en un constante cambio de perspectivas sobre esa grandeza. Cuando los seres humanos estaban en su infancia, su ojo mental aún no había sido afectado por la ciencia y se veían atrapados por lo que era próximo y evidente, dejándose llevar por el miedo y la admiración; pero cuando sus sentidos se abrieron y comenzaron a dirigir su atención a la conexión entre las cosas, los fenómenos particulares cayeron cada vez más hondo y la ley ascendió cada vez más alto; las maravillas cesaron, el milagro se incrementó.

Igual que en la naturaleza externa, ocurre en la naturaleza interior del género humano. Una vida entera llena de justicia, de simplicidad, de eficacia, de dominio de sí mismo, de reflexividad, de actividad limitada al propio medio, de admiración de lo hermoso, combinada con una muerte alegre y tranquila, todo ello lo considero yo grande; las sacudidas poderosas del temperamento, los espantosos arrebatos de cólera que las siguen, el deseo de venganza, el espíritu inflamado que aspira a la acción y derriba, cambia, destruye, y a menudo, en su excitación, arrastra incluso la propia vida, todo ello no lo considero yo grandioso, sino menor, ya que son productos de fuerzas aisladas y unilaterales, como las tempestades, los volcanes y los terremotos. Trataremos de observar la suave ley que orienta al género humano. Hay fuerzas que animan la supervivencia del individuo. Toman y emplean todo lo necesario para su supervivencia y desarrollo. Aseguran la permanencia de uno y de todos. Pero cuando alguien toma todo para sí, suponiendo que sus necesidades lo precisan, destruye de hecho las condiciones de existencia de alguien distinto, y entonces algo elevado se enfurece en nosotros; nosotros ayudamos al débil y al oprimido; restauramos el estado

*Ha habido momentos en el género humano que han impreso una dirección hacia un objetivo en la mente de los hombres, y que tras todo un período de tiempo han adquirido, a la larga, una forma diferente*

de cosas en que una persona puede vivir entre las demás y trazar su propio camino, y cuando lo hemos hecho, nos sentimos satisfechos, nos sentimos más grandes y más ardientes que cuando éramos meros individuos, nos sentimos como toda la humanidad. Así, hay fuerzas que intentan salvaguardar la existencia del género humano como un todo que no debe verse restringido por las fuerzas individuales, sino al contrario, pues las fuerzas individuales son ellas mismas las que deben verse limitadas. Ésa es la ley de estas fuerzas, la ley que aspira a que cada uno sea respetado, honrado y libre de amenaza junto a sus semejantes, que cada uno pueda seguir su más alto camino, que pueda ganarse el amor y la admiración de sus prójimos, que pueda verse protegido como un objeto precioso, pues cada persona lo es para las demás. Esa ley se encuentra en todas partes, en cualquier lugar donde los hombres viven juntos, y se manifiesta siempre que alguien actúa en relación a otro. Se encuentra en el amor de los cónyuges el uno para el otro, en el amor de los padres para sus hijos, en el de éstos para sus padres, en el amor de hermanos y hermanas, de amigos, en la dulce inclinación de los sexos, en la laboriosidad que nos mantiene, en la actividad en que trabajamos para nuestro círculo próximo o distante y para la humanidad, y finalmente en el orden y en la forma con que todas las sociedades y estados han rodeado su existencia y la han llevado a término. No en vano, los poetas antiguos como los modernos han utilizado a menudo estos elementos para acceder a la simpatía de las generaciones próximas y distantes sobre sus creaciones. Pero el verdadero observador de la humanidad advierte, dondequiera que pisa, tan sólo esta ley omnipresente, que es lo único general, fundador, inagotable. La distingue tanto en la cabaña más humilde como en el palacio más alto, lo descubre tanto en la abnegación de una pobre mujer como en el desprecio soberano de la muerte del que hace gala el héroe que se sacrifica por la patria o por la humanidad. Ha habido movimientos en el género humano que han impreso una dirección hacia un objetivo en la mente de los hombres, y que tras todo un período de tiempo han adquirido, a la larga, una forma diferente. Cuando la ley de la justicia y la moralidad es reconocible en esos movimientos, cuando han sido inaugurados y guiados por ella, entonces nos sentimos ensalzados en toda la humanidad, nos sentimos humanos en general, sentimos lo sublime que por doquier desciende al alma cuando las inconmensurables grandes fuerzas, en el espacio o en el tiempo, actúan sobre un todo razonable y equilibrado. Pero, cuando la ley de la justicia y la moralidad no es visible en esos movimientos, cuando bregan por objetivos unilaterales y egoístas,

el verdadero observador, advirtiendo cuán violentos y horribles pueden ser, aparta su mirada con disgusto y los observa como algo menor, como algo indigno de un hombre. Tan grande es el poder de esta ley de la justicia y la moralidad que allí donde ha sido socavada, siempre, en última instancia, ha resurgido de la lucha victoriosa y glorificada. De hecho, incluso cuando individuos o generaciones enteras han perdido la justicia y la moralidad, no sentimos que han sido derrotadas, sentimos que han triunfado; la exultación y el placer se confunden con nuestra compasión; pues el todo permanece más alto que las partes, porque el bien es mayor que la muerte; entonces decimos sentir la condición de lo trágico y somos alzados, temblando, hacia el puro éter de la ley moral. Cuando vemos a la humanidad aproximándose a un objetivo grandioso y eterno, como una corriente plateada y tranquila, sentimos entonces lo sublime, lo épico preferentemente. Pero aun considerando el modo tan poderoso y extraordinario como lo trágico y lo épico pueden afectarnos, aun considerando su magnífica incidencia como un resorte para el arte, sin embargo es principalmente en lo ordinario, en lo diario, en las acciones recurrentes de la gente donde la ley recae con mayor firmeza como un centro de gravedad, pues son esas acciones lo que permanece, lo constitutivo, como si fuesen los millones de raicillas del árbol de la vida. Como sucede en la naturaleza, donde las leyes generales operan silenciosa e incesantemente y lo visible es tan sólo una expresión individual de éstas, así sucede con la ley moral, que sigilosamente anima el alma hacia una comunión final de los hombres con los hombres, de tal modo que los milagros de cada instante son sólo las pequeñas señales de esta fuerza general. Así, esa ley es la ley que sostiene a la humanidad, así como la ley de la naturaleza es la ley que sostiene al mundo.

Igual que en la historia de la naturaleza las actitudes hacia la grandeza han cambiado continuamente, ocurre en la historia moral de la humanidad. Al principio, las personas se veían atraídas por lo próximo y lo accesible; se ensalzaban la fuerza física y las victorias en combate; aparecieron después la valentía y el coraje militar, con objeto de despertar y animar sentimientos violentos y pasiones hostiles hacia grupos enemigos; entonces la autoridad tribal y familiar fue loada, al tiempo que la belleza y el amor, así como la amistad y el sacrificio; pero entonces se fijó la vista en algo más grande: todos los grupos humanos y relaciones se ordenaron, el derecho del todo fue vinculado al de las partes, y la generosidad hacia el enemigo y la represión de las pasiones propias en aras de la justicia fueron sacralizadas, e incluso la moderación fue vista por los ancianos como la virtud primordial, y al cabo, un vínculo que abarcase a todos los pueblos fue imaginado como algo deseable, un vínculo que intercambiase los dones de un pueblo con los de otro, que promoviese la ciencia, revelando sus tesoros a todo el mundo, y un vínculo que en el arte y en la religión simplemente se dirige a lo más alto y celestial.

Igual que en el ascenso del género humano, ocurre también con su descenso. Los pueblos en deca-

dencia pierden primero su moderación. Persiguen después lo particular, y se arrojan sobre lo limitado e insignificante, priman lo contingente sobre lo general; buscan entonces el placer y la sensualidad, la satisfacción del odio y la envidia hacia sus vecinos; su arte representa lo unilateral, lo que resulta válido tan sólo desde un punto de vista, lo efímero, lo inconsistente, lo azaroso y, finalmente, lo sensual, lo excitante, para terminar en la inmoralidad y el vicio; la verdadera religión interior degenera en una mera formalidad o en un opulento fanatismo, la distinción entre el bien y el mal se pierde, el individuo desprecia la totalidad y persigue su placer y su destrucción, y la nación se convierte así en presa de su desarraigo interior o de un enemigo externo, más salvaje pero más poderoso.

Con este prólogo he ido más lejos en mis perspectivas sobre lo grande y lo pequeño, hasta el punto de que podría sentirme autorizado a decir que he procurado recoger muchos casos ejemplares en la historia del género humano, reuniendo los detalles de estos casos en un esfuerzo creativo. Pero mis puntos de vista y mis experiencias, tal como se han desarrollado en estos últimos años, me han enseñado a desconfiar de mis facultades, de modo que este esfuerzo bien podría quedar yermo hasta que mis relatos hayan sido revisados o simplemente destruidos como insignificantes.

Sin embargo, aquellos que me han acompañado a través de este prólogo, que no se dirige en modo alguno al público joven, no menospreciarán disfrutar de mis modestas capacidades y repasar conmigo las inofensivas cuestiones que siguen.

En Heriste, 1852.

#### TRADUCCIÓN

Alejandro Martínez Rodríguez



Barracks

